

“Los valientes arrebatan el reino de los cielos”  
Los cobardes, ni a las puertas llegan.

# El Joven Guillermo Hunter,



Mártir Valiente

*María I Tudor era reina de Inglaterra desde 1553 hasta 1558. Era adversaria encarnizada de la Reforma, que mereció de sus persecuciones contra los protestantes, el apodo María la Sanguinaria. Durante los últimos cuatro años de su reinado, ella quemó amarradas en un poste no menos de doscientos ochenta y ocho personas por su fe evangélica. Cinco fueron quemadas en Canterbury la semana antes de la muerte de la reina. De estos doscientos ochenta y ocho mártires, uno era arzobispo, cuatro eran obispos, veinticinco eran clérigos, cincuenta y cinco eran mujeres y cuatro eran niños. En seguida aparece la historia del martirio de Guillermo Hunter, Joven de 19 años.*

.....

Guillermo Hunter fue instruido en la doctrina evangélica desde su primera infancia. Era hijo de padres piadosos quienes le enseñaron los principios de la religión verdadera.

Cuando la reina María ascendió al trono de Inglaterra, ordenó a los sacerdotes en las parroquias llamar a todos sus feligreses para que se presentaran a la misa en la mañana del Domingo de Resurrección. Hunter, quien tenía diecinueve años de edad, rehusó obedecer la orden y se le amenazó con ser llamado para presentarse delante del obispo. Su patrón, temiendo el poder eclesiástico, suplicó a Guillermo abandonar su trabajo durante algún tiempo. Él lo hizo y regresó a la casa de sus padres, quedándose con ellos unas seis semanas.

Un día, hallando la iglesia abierta, entró y comenzó a leer la Biblia que estaba sobre el atril. Fue severamente reprendido por el sacristán quien le dijo: “¿Qué haces, metiéndote con la Biblia? ¿Entiendes lo que lees? ¿Puedes interpretar las Escrituras?” Él le contestó: “No pretendo poder interpretar las Escrituras. Hallé la Biblia abierta. La estaba leyendo para mi propio consuelo y edificación”.

El sacristán dio parte al sacerdote de la parroquia vecina de la libertad que Guillermo había tomado en leer la Biblia. Él lo regañó severamente diciendo: “Pícaro, ¿quién te dio permiso para leer la Biblia e interpretarla?” Él contestó tal como había respondido al sacristán. Cuando el sacerdote le dijo que no le convenía meterse con las Escrituras, claramente expresó su propósito de leerla mientras viviera. Además lo reprendió por desanimar a las personas en su lectura, cosa que las mismas Escrituras recomiendan.

El sacerdote le acusó de hereje. Él negó la acusación, y cuando le pidió su opinión acerca de la presencia literal del cuerpo de Cristo en la misa, él contestó que, a su entender, el pan y el vino eran figuras y que el sacramento era un acto conmemorativo de la muerte y sufrimiento de Nuestro Bendito Salvador y Señor Jesucristo.

El juez de la vecindad, de apellido Brown, oyendo las creencias de Guillermo, mandó a llamar a su padre y le preguntó por su hijo. El anciano le aseguró que había salido de la casa y que no sabía a dónde había ido. El juez amenazó echarle en la cárcel si no entregaba a su hijo. Con lágrimas en los ojos preguntó, “¿Quiere usted que yo busque a mi hijo para ser quemado?” Luego obligó al anciano padre a salir a buscar a su hijo a quien por casualidad encontró. Llorando le dijo que por orden del juez le buscaba bajo pena de encarcelamiento si no se le entregaba. Guillermo, para evitar peligro a su padre, regresó a casa con él.

El día siguiente fue arrestado por el comisario del barrio, quien le metió en el cepo durante veinticuatro horas. Entonces fue traído delante del juez, quien pidiendo una Biblia y abriéndola en San Juan 6, suplicó a Guillermo dar su interpretación del sacramento. Al oír la misma explicación que Guillermo había dado al sacerdote, el juez le acusó de herejía maldita y escribió el obispo de Londres acerca de este valiente joven.

El obispo llamó a Guillermo y le rogó volver a la fe católica, ofreciéndole que ningún mal le pasaría si lo hacía. Guillermo contestó: “Yo no estoy caído de la fe católica en Cristo. La creo firmemente y la confieso de todo corazón”.

Al firmar su interpretación acerca de la misa le dijo el obispo: “Creo que tú tendrías vergüenza de llevar un haz y retractarte públicamente, pero si tú te retractas delante de mí, te prometo evitarte esta vergüenza pública”. Guillermo le prometió, si lo dejaba con su conciencia, regresaría a la casa de su padre, a su trabajo y no hablaría públicamente de su creencia.

El obispo le dijo: “Estoy de acuerdo si tú vas a la iglesia y al confesionario y te portas como buen cristiano católico”. “¡Nunca!” contestó el joven cristiano “Nunca mientras viva, si Dios me lo permite”.

El obispo lo mandó a la cárcel y fue metido otra vez en el cepo. Durante dos días y dos noches permaneció allí, recibiendo sólo una rodaja de pan negro y una taza de agua.

Se quedó en la cárcel durante nueve meses y fue llevado delante del obispo cinco veces. La sexta vez oyó la sentencia de muerte. Una vez más el obispo lo llamó y le preguntó si se retractaba. Se mantuvo firme en su fe y oyó las palabras: “Tú serás quemado”. Todavía le agregó: “Pero si tú te retractas, saldrás libre. Te daré cuarenta libras de dinero para establecerte en tu negocio o te haré sirviente en mi casa”.

“Le agradezco sus ofertas”, dijo, “pero no puedo persuadir a mi conciencia contra las Escrituras y no hallo en mi corazón deseo de dejar a Dios por amar al mundo. Tengo las cosas del mundo por pérdidas y estércol en comparación al amor de Cristo”. “Si tú mueres en estas creencias estás condenado para siempre”, le contestó el obispo. “Dios juzga justamente y justifica a los que el hombre condena injustamente”, dijo Guillermo.

Con otros cristianos, fue encarcelado durante otros meses. Su padre y madre le visitaron manifestándole su ferviente deseo de que él continuara hasta el fin como había principiado. Su madre le dijo que estaba muy contenta por tener un hijo dispuesto a dar su vida por amor de Cristo.

Él le respondió: “Sufriré dolor por unos momentos, pero pronto se terminará. Cristo me ha prometido, Madre, un gozo eterno. ¿No nos debemos regocijar de eso?” Oyendo estas palabras su madre cayó de rodillas diciendo: “Dios te fortalezca, Hijo, hasta el fin. Mejor hijo no podía haber dado a luz”.

La mañana siguiente se le mandó prepararse para su fin. Al mismo tiempo el hijo del alcalde se le acercó y le abrazó diciendo: “Guillermo, no tengas miedo de estos hombres armados que vienen a llevarte al lugar donde serás quemado”. “Gracias a Dios, no les tengo temor”, contestó el valiente joven, “porque ya he contado el precio que me ha de costar”. Su nuevo amigo no podía decirle más a causa del llanto.

Guillermo recogió su sobretodo y gustosamente salió flanqueado por el alcaide y su hermano. En el camino encontraron a su padre que llorando dijo: “Dios te acompañe, hijo Guillermo”. “Dios te

acompañe a ti, Buen Padre, y te consuele. Espero que volvamos a reunirnos, y entonces seremos felices para siempre”. “Así también lo espero, Guillermo”, dijo su padre y se fue.

Al llegar al lugar donde el poste estaba preparado, tomó en su mano un haz mojado y arrodillándose sobre él, comenzó a leer el Salmo 51. Al pronunciar las palabras: “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito no despreciarás tú, oh Dios”, una persona gritó: “Mientes, hereje. Falseas las Escrituras, porque las palabras son ‘espíritu humilde’”. Contestó Guillermo: “La traducción dice corazón contrito”.

“Sí,” dijo su acusador, “la traducción es falsa. Traduces los libros a tu gusto como lo hacen los demás herejes”.

“Pero es muy poca la diferencia” contestó Guillermo.

El alcaide se le acercó diciendo: “Aquí traigo una carta de la reina. Si te retractas, vivirás. Si no, serás quemado”.

“No”, contestó Guillermo, “mediante Dios no me retractaré”. Se levantó y se acercó al poste y se recostó sobre él. Le aseguraron con cadenas. El Juez, para asustarlo, le dijo que la leña no era suficiente ni para quemarle una sola pierna. Guillermo dirigió al pueblo con estas palabras: “Amable gente, orad por mí. Pedid que se apresure la muerte. Orad por mí mientras viva y yo oraré por vosotros”.

“¿Orar por ti?” contestó el juez. “Ni por un perro, mucho menos por ti”.

“Señor juez”, contestó el joven mártir, “ahora que tiene lo que buscaba, ruego a Dios que no le sea puesto a su cuenta en el día final. De todas maneras le perdono”.

“De ti no pido perdón” contestó el hombre malévolo.

“Bien”, contestó Guillermo. “Hijo de Dios, resplandece sobre mí”. Inmediatamente el sol salió debajo una nube oscura tan fuertemente que el mártir tuvo que voltear la cara. De esto el pueblo se admiraba porque momentos antes todo era oscuro. Entonces Guillermo tomó un haz en sus manos y lo abrazó.

Un caballero presente le dijo: “Ruego a Dios que tenga misericordia de tu alma”. La multitud respondió “Amén”. Inmediatamente se encendió el fuego.

Guillermo pasó su himnario a las manos de su hermano, quien le dijo: “Guillermo, piensa en los sufrimientos de Cristo y no tengas miedo de la muerte”.

“No tengo temor” respondió Guillermo. Entonces alzando sus manos hacia los cielos dijo: “Señor, Señor, Señor, recibe mi espíritu”, y bajando su cabeza y agachándose en el humo entregó su vida por amor a la verdad.